

**J.L. ROD**

**LA SUERTE  
DE LOS  
IRLANDESES**



**UN CASO DEL DETECTIVE  
PAT MACMILLAN**

Pat MacMillan, agente de la División de Contraineligencia de los servicios secretos españoles, trabaja en un departamento que no tiene nombre ni figura en el organigrama. Se ocupa de operaciones de las que ningún otro de los tres mil quinientos agentes de La Casa pueden ocuparse, salvo que estén dispuestos a ir a la cárcel por violar en una misma mañana cuatro o cinco artículos del Código Penal. Cuando en pleno día de Nochebuena se dispone a comenzar unas largas vacaciones, recibe dos malas noticias. La primera de ellas, que el Centro Nacional de Inteligencia tiene infiltrado entre sus agentes un topo de la organización terrorista ETA. La segunda, que el agente elegido por el Gobierno para identificar al topo y detenerlo es él. A través de la investigación del caso, el esclarecimiento de una serie de misteriosos asesinatos en cadena y la lucha por desactivar un inminente atentado terrorista de terribles consecuencias, el lector de este trepidante thriller conseguirá desvelar toda la verdad sobre el caso, que solo llegará al final de un largo, intrincado y apasionante recorrido que demostrará que las cosas no son siempre como parecen. O tal vez si...

A Maitetxu, porque donde estás tú, está mi alegre  
hogar.

## # 1 - IRA

Pasión del alma que causa indignación y enojo.

Apetito o deseo de venganza.

Furia o violencia de los elementos.

Repetición de actos de saña, encono o venganza.

Fuente: *Real Academia de la Lengua Española*

«Se buscan hombres para viaje peligroso. Sueldo escaso. Frío extremo. Largos meses de completa oscuridad. Peligro constante. No se asegura el regreso. Honor y reconocimiento en caso de éxito».

Anuncio insertado el año 1907 en el diario londinense *The Times* por el explorador de la Antártida Ernest Shackleton. Respondieron más de cinco mil aspirantes.

## Prólogo

Un día de mierda.

Un puto día de mierda.

Uno de esos días en los que todo empieza mal. No había pegado ojo en toda la noche, la báscula del baño le había amenazado con ciento doce kilos, no quedaba en casa ni una gota de café, el coche seguía en el taller y La Negra ya llevaba dos semanas sin llamar. Salió de la ducha muy enfadado, se puso con desgana su uniforme de comandante y salió a la calle camino de su aburrido trabajo de todos sus aburridos días. Un puto día de mierda.

Caracas en diciembre era el mismísimo infierno. Un setenta y cinco por ciento de humedad y las famosas nieblas frías del invierno no ayudaban precisamente a levantar el ánimo. La mañana transcurrió como siempre, sin la más mínima incidencia. Cuando salió a comer a eso de la una, dando su paseo habitual hacia el barrio de Chacao para comer en «El Mesón de Andrés», observó al detenerse en un semáforo para cruzar la calle que una mujer desconocida le llamaba desde la acera de enfrente. No tenía ganas de nada y decidió ignorarla, pero la insistencia de aquella chica con pinta de turista finalmente le hizo decidirse y se acercó a preguntarla.

—¿Te conozco de algo?

—Deberías de conocerme, le contestó con una sonrisa.

—Llevo siguiéndote dos semanas. ¿Te invito a comer y hablamos?

El porcentaje de hombres mayores de cincuenta años que habría rechazado la propuesta ascendía, según todos

los estudios realizados, al cero por ciento. La chica era todo un bellezón. Le propuso que fueran a «Edith», en la popular zona de La Trinidad. Paró decididamente un taxi sin esperar su respuesta y cuando quiso darse cuenta estaba sentado a la mesa con aquella mujer delante de dos botellas heladas de Cerveza Polar.

Ya había estado allí en otras ocasiones y de hecho era uno de sus sitios preferidos para comer en la ciudad. «Edith» es una casa de comidas típica de las zonas industriales de Caracas en la que la mayoría del público se compone de obreros con ropas curtidas por la faena y algún que otro oficinista infiltrado, conocedor de este local donde se prepara sin ningún género de dudas el mejor mondongo de todo Venezuela. La vajilla y el mobiliario son de plástico barato con colores chillones y el olor del local se encuentra permanentemente inundado por el cilantro que forma parte inseparable de la mayoría de los platos, pero la calidad de la comida compensa sobradamente la ausencia de lujos y comodidades.

La chica inspiraba confianza y parecía una mujer preparada con mucho mundo a sus espaldas. No se anduvo por las ramas y fue directa al grano. El motivo de su invitación no era otro que el de proponerle una sustanciosa comisión si estaba dispuesto a realizar las gestiones oportunas ante las personas oportunas. Se trataba de colocar una partida de dos mil pistolas de la compañía española a la que representaba en el Servicio Bolivariano de Inteligencia, la policía política del gobierno chavista en la que él venía prestando sus servicios desde hacía cinco años.

Le interesó la propuesta. Los políticos venezolanos siempre eran propicios a operaciones que incluyeran una buena mordida, y a él no le iría nada mal la cantidad que le ofrecían para completar su escaso sueldo de funcionario. Después de tratar los aspectos generales de la operación, la mujer pagó la cuenta y quedaron en verse de nuevo esa noche para concretar detalles. Decidió tomarse la tarde li-

bre para celebrarlo y dormir una buena siesta. Nadie le iba a echar de menos en el Ministerio, nunca había nada que hacer salvo leer el *Ultimas Noticias* y dejar pasar el tiempo hasta las cinco de la tarde.

Según entró en el apartamento puso el aire acondicionado y se tumbó encima de la cama. Se encontraba a parir. La comida le había dejado fuera de combate. Knock Out. Definitivamente el mondongo le volvía loco pero no estaba hecho para él. Pierna y panza de res, papas, ñame, ocumo, yuca, zanahoria, albóndigas de harina de maíz y plátano frito. Una puta bomba. Los buñuelos del postre, las dos botellas de Pomar Reserva, el puro Don Quijote y los tres Ron Santa Teresa con hielo hasta arriba le habían acabado de rematar. No tenía límite con la comida y se juró a sí mismo no volver a probar ese plato nunca más. Estaba empezando a encontrarse verdaderamente mal.

Intentó levantarse de la cama para tomar algún calmante, pero no pudo, llegaron los primeros síntomas y empezaron las nauseas, los sudores fríos y los mareos que progresivamente se fueron apoderando poco a poco de su cuerpo. Empezó a preocuparse seriamente. Después comenzaron los fuertes dolores de estomago y una sensación de sueño terrible, poderosa, demoledora, totalmente incontrolable. Lo intentó con todas sus fuerzas pero ya prácticamente no conseguía hablar. El cerebro estaba fuera de servicio, casi anestesiado. Intentó controlar la angustia, pero no lo consiguió y a los pocos minutos el miedo y el terror pudieron con él. Definitivamente comprobó que ya casi no podía respirar mientras intentaba marcar en el teléfono de la habitación el número de emergencias médicas para pedir urgentemente una ambulancia.

Tenía la lengua bloqueada, la vista totalmente borrosa y el sueño le invadía de forma inevitable como una apisonadora, a pesar de su lucha titánica por mantenerse consciente y poder hacer esa llamada pidiendo auxilio. Necesitaba respirar. Necesitaba ver. Necesitaba poder mover el brazo.



Pero no pudo, tenía el cuerpo completamente agarrotado y no consiguió mover un solo musculo. Quiso gritar pidiendo ayuda, pero su boca no atendía las ordenes de su cerebro y finalmente no tuvo más alternativa que rendirse y abandonarse a su suerte mientras llegaba a la conclusión de aquella hija de puta de ojos verdes y piernas kilométricas le había puesto algo en el maldito ron.

A la mañana siguiente, cuando la empleada encargada de la limpieza diaria llegó al apartamento, se extrañó mucho de encontrar la puerta de la casa completamente abierta. Al entrar en el salón le pareció que todo estaba en orden, pero después observó en el suelo un gran reguero de sangre que provenía del dormitorio. Entró corriendo en la habitación muy preocupada y se llevó el gran susto de su vida. Encontró al dueño de la casa tumbado en el suelo boca abajo, totalmente desnudo, amordazado, con las manos y las piernas atadas a la espalda, mientras el auricular del teléfono se balanceaba descolgado de un lado a otro con el típico pitido de una llamada sin respuesta.

Joseba Urriticoetxea, Asesor Técnico del Ministerio del Poder Popular para Relaciones Interiores de la República Bolivariana de Venezuela y antiguo miembro de la organización terrorista ETA responsable de la muerte de veintitrés personas, había sido brutalmente asesinado. Alguien había entrado por la noche en su casa y le había reventado la cabeza a martillazos.

PRIMERA PARTE

## UN VIAJE PELIGROSO

LUNES

24 de Diciembre

Nochebuena

## 1

Las jodidas navidades ya estaban aquí. Nunca me habían gustado en absoluto, pero aquel día, de haber sabido en algún momento todo lo que iba a sucederme esa maldita Nochebuena en la que mi vida cambió para siempre, habría cerrado la puerta de mi casa con siete llaves y me habría quedado en la cama escondido debajo de las sabanas para el resto de mis días, sin atreverme siquiera a asomar la nariz.

Mi nombre es Patrick MacMillan, pero todo el mundo me llama Mac. Mi abuelo era de Cong, un pueblo de Conemara, la región más bella de Irlanda. Vino a España a luchar en la Guerra Civil con las Brigadas Internacionales, dentro de la famosa Columna Connolly. A la semana de llegar se dio cuenta de que era una guerra estúpida de malos contra malos y tomó sobre la marcha dos grandes decisiones: Irse de putas y beberse del tirón las tres botellas de Old Bushmills que se había traído en el petate. Nueve meses después nació mi padre, dando así lugar a la rama española de los MacMillan que, salvo fallo inesperado en mi vasectomía, finalizará para siempre en su segunda generación. No, no tengo hermanos, al menos vivos. Según tengo entendido, debido a la tradición familiar de sembrar vástagos por todo el universo a la velocidad del rayo, tengo primos en media Europa, Australia, Nueva Zelanda y Estados Unidos, pero sinceramente nunca me ha asaltado el más mínimo interés en conocerlos. Como escribió Tolstoi en *Ana Karenina* «Todas las familias dichosas se parecen, pero las infelices lo son cada una a su manera».

Soy agente de la División de Contrainteligencia del CNI, el Servicio Secreto español, conocido por todos los que nos ganamos la vida allí como «La Casa». Mi departamento no tiene nombre, pero es conocido como «El Carro de la Basura» o «Asuntos Húmedos». Qué más da, nombres distintos para la misma mierda, no existe en el organigrama. Nos ocupamos de operaciones de las que ningún otro de los tres mil quinientos agentes de La Casa puede ocuparse, salvo que alguno esté dispuesto a ir a la cárcel por violar en una misma mañana cuatro o cinco artículos del Código Penal.

Hemos llegado a trabajar en el departamento hasta quince personas, pero cuando el país se fue a la mierda con la crisis y llegaron los recortes, nuestro amplio equipo de trabajo había quedado por aquellas fechas reducido a tres. Estábamos instalados en las afueras de Madrid, en un discreto chalet adosado de la zona de Aravaca, con un rótulo en la puerta que nos anunciaba como «Mercury System Consulting», empresa a la que no tenía el gusto de conocer dado que la nomina la recibíamos cada mes de una empresa con sede en las Islas Caimán. No se podían dejar pistas.

El otoño en Madrid había durado exactamente tres semanas y se había precipitado a toda velocidad al más crudo invierno que se recordaba en años. A esas alturas de diciembre arrastraba una gripe monumental y conseguía ir sobreviviendo como buenamente podía a base de paracetamol en vena cada seis horas. Los lunes no me suelo levantar con buen pie por la mañana, pero la verdad es que tampoco se me pasa ni por la tarde ni por la noche. Navidad, gripe y lunes, un coctel explosivo. No tenía ganas de conversación pero Meg, mi compañera de trabajo y sin embargo amiga, no parecía entender el mensaje subliminal que pudiera deducirse de mi falta de respuesta a sus preguntas.

—¿Me estas escuchando Mac? ¿Qué crees que me dijo el muy cerdo?

—No, no te estoy escuchando, le dije mientras seguía a lo mío.

—Venga coño, no seas borde.

—No tengo ni puta idea. «No eres tú, soy yo». «Podemos seguir siendo amigos». «Necesito un tiempo».

El tema me interesaba tanto como la biografía de Eminem y continué recogiendo las cosas de mi mesa. El cubilete de lápices del Metropolitan, mi iPod, una vieja navaja suiza, dos petacas vacías, mi Moleskine roja y las obras completas de Sherlock Holmes que utilizaba para matar el rato cuando no tenía ganas de trabajar. Las postales de Warhol, un ejemplar de la Constitución y el último libro de Saramago fueron al sitio que merecían: La papelera.

—No, no. Peor que eso. Me dijo: «Lo superarás».

Era mi último día de trabajo. Empezaba un año de excedencia por asuntos propios en el que me iba a dedicar fundamentalmente a mirar el techo dejando pasar las horas sin remordimiento de conciencia alguno. Como complemento a dicha actividad, tenía previsto hacer un largo viaje, leer de nuevo todas las novelas de Marlow, dar largos paseos con *Ringo* dejándole mear a su mejor criterio por aquellos arboles que se cruzaran a su paso y ver uno detrás de otro los ochenta y seis capítulos de *Los Soprano* tirado en el sofá debajo de una manta, ciego de marihuana y Glenfidich dieciocho años.

—Todas preferís a un tío divertido que sea un golfo, antes que a un tipo aburrido sin dos dedos de frente, por mucho que fuera la mejor persona del mundo, dijo Chema, la tercera pata de nuestro carro de la basura.

—Cuando una mujer se siente sola se enamora del primer gilipollas que aparece, listillo, le contestó Meg.

—Pues búscate otro gilipollas como ese y asunto solucionado.

—Calla, calla. Estaba loca por ese tío, follaba como los ángeles.

—Pásame su teléfono, estoy a punto de hacerme bisexual.

—Deja ya de decir tonterías Chema, apestas desde aquí a whisky de garrafón.

—Gracias al alcohol nunca me he acostado con una mujer fea. Pero me he levantado con cada cayo...

Lancé dos aspirinas efervescentes con vitamina C a mi vaso de agua celebrando que tan profunda conversación entre mis dos compañeros de trabajo había llegado a su fin. Siempre he sido un ingenuo.

—Ya he asumido mi condición de monógama sucesiva. Novio nuevo cada tres meses.

—Una mujer puede ser feliz con un hombre siempre que no le ame, argumenté.

—Me gustaba mucho. Y encima está forrado, tiene tres clínicas veterinarias.

—Por eso no te preocupes, ya no tendrá tanta pasta, le dije. —Mi veterinario dice que antes de la crisis si el perro le miraba mal al dueño se lo llevaban a hacerle un chequeo de arriba a abajo, pero que ahora se lo llevan cuando al pobre bicho le quedan dos telediaros.

Mientras me juraba a mi mismo que a la vuelta de mi año sabático pediría el traslado a un departamento integrado exclusivamente por empleados sordomudos, encendí un Montecristo Especial N°2 con mi Zippo de plata y di un largo sorbo a mi cuarto *Nespresso Fortissio Lungo* de la mañana.

—En fin, no he cumplido los treinta, soy rubia y mis tetas de momento siguen apuntando para arriba. Todavía puedo permitirme ciertos errores.

Meg estaba buenísima y, como suele suceder en estos casos, ella era plenamente consciente de dicha circunstancia. Realmente se llamaba Eva pero la habíamos bautizado así desde su primer día con nosotros porque era clavada a Meg Ryan en sus mejores tiempos. Éramos buenos amigos